

# **Sarmiento en Alemania**

Por Pablo Emilio Palermo.

Copyright 2008

Realizado por Proyecto Gutenberg – Ambas Américas

[www.ambasamericas.net](http://www.ambasamericas.net)

Dedicado a Alejandro Braulke

*“... la Alemania, la patria de las ciencias y de la libertad absoluta del pensamiento”.* Sarmiento

Manuel Montt, ministro de Instrucción Pública de Chile, propuso a Domingo Faustino Sarmiento un viaje por Europa, África y Norteamérica. Corría 1845 y *El Progreso* de Santiago había lanzado en folletín su obra más famosa: *Civilización y barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga*. El argentino, exiliado desde hacía unos años, viajaba “con el objeto de ver por mis propios ojos, y de palpar, por decirlo así, el estado de la enseñanza primaria en las naciones que han hecho de ella un ramo de la administración pública”. Con el apoyo financiero del gobierno chileno visitó Montevideo, Río de Janeiro, París y otras ciudades de Francia, España, Argel, Orán e Italia. En Grand-Bourg habló con el Libertador San Martín y en Roma fue recibido por el papa Pío IX.

Sarmiento recorrió Alemania entre el 13 de mayo y el 8 de junio de 1847. Había llegado en vapor a Lindau luego de una visita a las cataratas del Rin. Su estadía en Suiza fue breve. Conoció Coira, Zúrich y Schaffhausen. La impresión del paisaje alpino le arrancó el magnífico párrafo con que dio inicio a su carta al ministro Montt, capítulo de *Viajes* en el que narró su paso por Suiza, Múnich y Berlín.

Despedime no ha mucho, en la Catedral de Milán, de aquella Italia madre afortunada de tan altas concepciones humanas; y para reposarme de la fatiga de admirar bellezas artísticas, o de evocar la historia para buscar el hilo que liga los presentes a los pasados tiempos, resolví dirigir mi itinerario hacia los Alpes, uno de los más bellos monumentos del Genio Supremo que inspira las perecederas artes de imitación. [...] La vegetación de ellos disimula por todas partes las rugosas cicatrices de los siglos, y un bosque espeso de pinabetos seculares se obstinan en decorar las nevadas cúspides, cual si quisieran figurar negra barba y cabellera de la montaña en toda la fuerza de la edad. Arroyos y torrentes por millares varían al infinito la sublime rudeza del paisaje, y si el bullicio de las poblaciones se amortigua a la distancia, sobran cascadas que con su murmullo den voz eterna a las soledades. Tersa y brillante como depósitos de azogue muestran su superficie tranquila los bellísimos lagos, sombreados alrededor por musgosas o

arboladas montañas, que sirven como de labrado marco a aquellos prolongados espejos de agua. Lo que más embellece el aspecto de los Alpes es la presencia del hombre aun en sus más escabrosas sinuosidades. La cultura, las villas y alquerías hacen domésticas aquellas agrestes bellezas, sin que el viajero acierte a comprender si las nieves han descendido accidentalmente hasta las habitaciones humanas, o bien si las nevadas regiones sirven también al hombre de hospedable morada.

Atrás había dejado el Lago Mayor, el lago de Como y la cordillera del Splügen, con sus calzadas de granito, viaductos y galerías. El “poder inteligente de los gobiernos limítrofes” había así salvado los obstáculos impuestos por el invierno al comercio y a la civilización. Qué pena que en los Andes no ocurriese algo similar.

A poca distancia de Zúrich se halla Schaffhausen, “centro del movimiento literario y artístico de la Suiza alemana”. El río Rin, que corre a media legua, “se precipita en toda su enorme masa formando la cascada mayor que puede verse en Europa”. Ese mismo 13 de mayo Sarmiento dejó Constanza y en diligencia arribó a Augsburgo, patria del pintor Mauricio Rugendas, a quien había encontrado en Río de Janeiro.

Desde Schaffhausen puede descenderse ya el Rin por medio de vapores, pasar en revista un panorama delicioso, entre cuyos accidentes figura la casita de la desgraciada reina Hortensia, entrar en el gran lago de Baden, visitar de paso Constanza, y siguiendo el litoral suizo hasta Rosbach, cruzar a la ribera opuesta y desembarcar en Lindau, donde principia la buena Alemania, el cultivo del oblon, el consumo sin tasa de la cerveza, y el uso de la pipa larga.

El viajero sudamericano observó que los alemanes llevaban una vida puramente interna y gozaban de un carácter pacífico. Así lo revelaban “la naturaleza tranquila y poco accidentada del suelo”, los bosques sombríos y las quietas poblaciones. El detallado *Diario de Gastos* confeccionado permite saber que su residencia en Múnich, capital del Reino de Baviera, se extendió por tres días. El 16 de mayo, conducido por un doméstico de plaza, conoció “todos los lugares públicos” de la ciudad. Luis I, que reinó entre 1825 y 1848, había embellecido la ciudad y dado impulso a las bellas artes. Sarmiento destacó los museos, columnas, jardines y palacios. Fuera de la capital un panteón encerraba las estatuas “de los grandes hombres alemanes”.

En Múnich, y en casi todas las grandes ciudades, un bosque a las puertas de la ciudad, ofrece bajo la sombra de sus tortuosas alamedas, espacio suficiente para hacer paseos solitarios, durante horas enteras; o bien, si el alemán quiere cavilar en compañía, o gozar de un moderado bullicio, allí en lugares bien conocidos, están diseminadas millares de mesas, ostentando con su estañada cubierta piramidales vasos de cerveza. El pueblo de ambos sexos y de todas condiciones apura allí en complacido silencio su brebaje favorito; las señoras hacen calceta mientras los hombres fuman la pipa, y los jóvenes que necesitan movimiento más activo, desaparecen danzando el vals alemán, embriagados por los torrentes de armonías de las músicas de viento, inspiradas por Strauss.

Llamó la atención a Sarmiento ver bailar la polca a fregonas y mozos de cordel. La llamó “invención de ángeles, que hace hoy la felicidad suprema de tantos y tantas criaturas en todos los puntos del globo”. Era un entusiasta de aquella danza, cuyo ritmo había conocido en Chile y nuevamente disfrutado en Montevideo, Río de Janeiro y París.

El 18 de mayo dejó Augsburgo y llegó a Nuremberg. Luego pasó a Kulmbach y en diligencia arribó a Hof. El día 20 desde Reichenbach llegó en ferrocarril a Leipzig –“el centro de la librería alemana”- y en fiacre pasó el embarcadero de Dresde, ciudad capital de Sajonia levantada sobre el Elba. Lamentó tener que pasar por alto la ciudad que se destacaba por su museo y “la sin par Madonna de San Sixto, la más bella concepción de mujer, de reina y de madre que jamás se envaneció de serlo de un hijo divino”. El 23 de mayo el ferrocarril lo dejó en Berlín, capital del Reino de Prusia. El gran Estado había impreso su poderío económico con la instalación, en 1834, de la Unión Aduanera Alemana (Zollverein).

Berlín es la ciudad más moderna por la amplitud y rectitud de sus calles de treinta varas de ancho que la asemejan a una ciudad norteamericana, proporcionando, sin embargo, más emociones los inmensos bosques o jardines ingleses de que está rodeada, que no inspiran sus helados monumentos, sus museos nacientes, y sus templos protestantes, rebeldes a toda artística influencia.

El objeto de sus extensos viajes era el estudio de los programas educativos implementados en Europa y los Estados Unidos. La misión llenaba su espíritu. Maestro de escuela –director de la primera escuela normal de Sudamérica, autor de un *Método de Lectura Gradual* y miembro de la Facultad

de Humanidades de Chile-, buscaba el pormenorizado desarrollo del ramo de la administración pública que debía brindar educación común o elemental a los niños de Chile y la Argentina. En París examinó la enseñanza dada en los establecimientos municipales y particulares. En España estudió lo concerniente a la recta pronunciación y a la ortografía del español. De Génova destacó la gran cantidad de casas de enseñanza y beneficencia y visitó algunos hogares que alojaban a ciegos, sordomudos y “lunáticos”. “La educación de las mujeres atrajo también mi atención en Francia y Alemania –escribió en *De la educación popular*–, si bien en este último país, ni la ley ni la costumbre establecen diferencia alguna para la igual repartición de la instrucción”. Entendía el argentino que por derecho las mujeres eran las encargadas de brindar educación a las criaturas, por haber sido naturalmente instituidas “tutores y guardas de la infancia”.

Grande fue su felicidad cuando recibió en Berlín correspondencia de América. Recorrió luego la ciudad, bebió café en los jardines públicos y disfrutó de los juegos populares. El 25 de mayo asistió a un espectáculo de ballet. En los días sucesivos visitó los museos y el arsenal de guerra, adquirió un libro sobre legislación de la educación y visitó el castillo de Charlottenburgo, al oeste de la ciudad.

Ocupó también los días de Sarmiento en Alemania un asunto que para el gobierno chileno era de importancia: la inmigración. Por gestiones del jefe de la Oficina de Estadística logró una audiencia con el ministro del Interior, a quien no entusiasmaba la “expatriación” de los súbditos. No obstante, el tema de la emigración a América era “la preocupación que atormenta los espíritus, aun de aquellos a quienes la necesidad no aqueja sensiblemente”.

Por desgracia la América para el pueblo alemán está sólo al norte del trópico de Cáncer, la América del Sur no es la América remedio de los males presentes, aquel mito popular de un Edén terrestre, que conocen los alemanes desde niños, y da pábulo a una esperanza para los que desesperarían a no tenerla. Lo único que de la América del Sur saben los entendidos, es que hay en ella fiebre amarilla, calor sofocante, alimañas ponzoñosas, guerra interminable; y sobre todo este cúmulo de bendiciones, reinando no sé qué gigante espantable que como el Rey Busiris, mata o persigue sin tregua a los extranjeros que abordan a sus playas. Así, pues, la América del Sur es en la creencia popular, el mito del mal, el reino de las tinieblas y de la muerte.

Los alemanes forman el fondo de esos enjambres de emigrantes que van todos los años a engrosar la población de los Estados Unidos del Norte. Más que la necesidad los impulsa un instinto de raza, que se despierta activo e imperioso de tiempo en tiempo.

En París Sarmiento se había puesto en contacto con el Dr. Johann Eduard Wappäus, profesor de geografía y estadística en la Universidad de Gotinga, estudioso de la cuestión de la emigración y autor de algunos libros de historia sudamericana. Wappäus logró tan acabados conocimientos de la geografía americana “que a juzgar por sus escritos se le creería nacido en los lugares mismos que ha descripto”.

El Congreso de Chile había autorizado la enajenación de los *terrenos baldíos* del sur del país. Pero dónde estaban ubicados, en qué puerto desembarcarían los inmigrantes, cómo habrían de proveer a sus necesidades, interrogantes que los interesados volcaron sobre Sarmiento con preocupación. Ir a Chile significaba pagar cuatro veces el flete a Norteamérica, entre otros trastornos. Opinaba Sarmiento que se hacía indispensable complementar la ley sancionada con “trabajos preparatorios sin los cuales la emigración europea tardará muchos años sin frecuentar las costas del Pacífico”. Convenía la presencia de un agente de enganche, la subdivisión de los terrenos explotables en lotes, etc.

El 30 de mayo llegó en ferrocarril a Postdam para visitar al barón de Humboldt, “el decano de los viajeros”. Al día siguiente un carruaje lo llevó a recorrer las escuelas de Berlín. El ministro de Instrucción Pública lo recibió “con muestras extremadas de atención”. Pudo inspeccionar “los tan celebrados establecimientos de educación de la Prusia” y entenderse en idioma francés con los maestros.

Respondiendo a los deseos que V. S. me ha manifestado verbalmente, acompaño una circular que le proporcionará la entrada, tanto a los seminarios para maestros de escuela, como también a las escuelas elementales y otros institutos de instrucción pública en nuestro Estado. En el caso de que Ud. desee mayores esclarecimientos sobre lo que concierne a la instrucción pública, y los establecimientos destinados a este objeto, el Consejero íntimo del Gobierno, el Dr. Bruggerman, se hará un placer en proporcionarle todos los detalles necesarios al logro de su objeto.

Aprovecho con placer esta ocasión de renovar a Ud. las seguridades de mi estimación la más distinguida. – EICHHORN (Ministro del Rey de Prusia).

Al Sr. Profesor Sarmiento. – Berlín, 28 de mayo de 1847.

#### CIRCULAR

El Sr. profesor Dr. Sarmiento, de Santiago de Chile, desea, en comisión de su Gobierno, estudiar de cerca y por inspección personal la organización de la instrucción pública en nuestro Estado, y particularmente visitar algunos seminarios para la educación de los maestros de escuela y algunas escuelas elementales. Con este motivo encargo, a los directores y regentes de los institutos nombrados y otros institutos públicos, que permitan al Dr. Sarmiento no solamente la entrada en dichos institutos, sino también darle los datos que sobre su organización necesite y en general facilitarle en cuanto sea posible los medios de llenar su comisión.

Berlín, 28 de mayo de 1847. – El Ministro de Cultos, de la Instrucción y de la Medicina.

EICHHORN

“El sistema de instrucción pública de la Prusia es el bello ideal que pretenden realizar otros pueblos, y juzgarlo a vista de ojo, el objeto de mi incursión a las latitudes septentrionales”, recordó a Montt. Observó Sarmiento que la esencia absolutista del Rey debió subordinarse a las decisiones de una Dieta nacional. No obstante la realidad política del Reino “la Prusia, gracias a su inteligente sistema de educación, está más preparada que la Francia misma para la vida política, y el voto universal no sería una exageración, donde las clases de la sociedad tienen *uso* de la razón, porque la tienen cultivada”. Se trataba de un sistema que constituía en renta municipal *ad hoc* la educación en cada localidad. Era de destacar que allí se había generalizado la enseñanza de la música vocal y el uso de la pizarra, aprovechada incluso para el aprendizaje de la lectura. “En las escuelas prusianas y holandesas, delante de cada clase particular hay una pizarra, en la que el maestro demuestra por signos, trazos y dibujos todo lo que sirve de asunto a la enseñanza”.

Recogió Sarmiento sus estudios y observaciones sobre la educación en Europa y los Estados Unidos en un volumen aparecido en 1849 y que tituló *De la educación popular*, obra destacada dentro de la enorme producción del genial escritor. Tuvo allí nueva ocasión de elogiar la perfección del sistema de educación de Prusia y de destacar que las leyes del Reino obligaban a todo padre de familia a mandar a sus hijos a la escuela, sin importar su condición económica ni su lugar de residencia. Se toleraba la educación “particular” “a condición de que llenarán, sin embargo, las cargas que le están impuestas a

favor de la escuela a que el niño debía pertenecer naturalmente”. Todo municipio estaba obligado a tener una escuela elemental y toda ciudad debía contar con una o varias “escuelas burguesas y superiores”. Los habitantes de los municipios rurales se obligaban a constituir una “asociación para las escuelas de campaña”, siempre bajo la dirección de la autoridad pública.

Aseguró Sarmiento que la escuela normal como institución tuvo su origen en Prusia y que luego fue trasladada a Francia y generalizada en toda Europa, incluso en Madrid y Barcelona. “Hace veinte años por lo menos que la Prusia ha completado la dotación de Escuelas Normales que corresponde a sus catorce millones de habitantes”. Se habían creado incluso escuelas preparatorias para la formación de los candidatos a ser admitidos en los seminarios de maestros, “porque bastaría un poco de frialdad en los modales, alguna dureza en el órgano de la voz, o bien poca prontitud de concepción para excluirlo de entrar en el gremio de los profesores”. Los alumnos se ejercitaban allí en lengua alemana, historia, dibujo y caligrafía, religión, aritmética, violín, retórica, lógica, literatura filosófica, geografía y “prontitud y facilidad de hablar”.

La legislación alemana regulaba incluso la severa arquitectura de los edificios educacionales.

Toda escuela debe tener su casa especial; y siempre que sea necesario alquilar un local, se buscará uno que esté aislado, sin contacto alguno con edificios extraños. Las condiciones esenciales, que serán rigurosamente observadas para toda casa de escuela, son una situación salubre, salas suficientemente grandes, bien pavimentadas, bien aireadas y tenidas con el mayor aseo, y siempre que sea posible, con un buen alojamiento para el maestro. En cuanto a las escuelas que tienen varios maestros, se tratará de que uno de ellos al menos tenga habitación en la propia escuela. [...]

Toda escuela de villa o aldea tendrá un jardín, cultivado según el país, sea en hortaliza, huerto de frutales, o pepinera, o dispuesto para crear abejas, y se hará servir la cultura de este jardín para instrucción de los alumnos. En todas las localidades en que sea posible, habrá delante de cada escuela un patio cubierto de arena o un espacio para los ejercicios de los niños.

Las escuelas primarias de Prusia constaban de una pieza separada para cada clase. Ello se transformaba en una ventaja a la hora de la distribución de los trabajos. El “sistema simultáneo” exigía que el maestro principal tuviese

cuatro, seis y hasta ocho ayudantes, contrayéndose el profesor al progreso de los alumnos que se le hubieren confiado.

Con qué placer no he recorrido en algunos puntos de Alemania y Estados Unidos el extenso prado adyacente a la escuela revestido de permanente alfombra de césped verde, sombreado de árboles frondosos, rodeado de líneas de dalias variadas, de arbustillos fluorescentes, limitado el conjunto por una graciosa verjilla de madera pintada de blanco que deja entrever el terreno contiguo, y en el centro alzándose majestuosa y alegre la escuela pública, a que sirven de aliño y compostura aquellos bien calculados incidentes, y en medio de esta vegetación florida, y respirando aquel aire, libre de miasmas infectos, tónico y vivificador, enjambres de chiquillos vestidos humildemente los unos, pero aseados todos por lo general, y revelando ya, en su cuidado en no destruir nada, en no rayar los edificios, ni cortar las maderas de las pilastras, los progresos que a tan temprana edad tienen hechos en sus espíritus las ideas de belleza, de propiedad, de orden, de aseo, y cuantas otras se asocian para formar la conciencia y la moral de los pueblos.

El 1 de junio pasó por Hannover y Brunswick y en posta arribó a Gotinga. Allí debía trabajar junto a Wappäus sobre el asunto inmigratorio. “¡Cuán tranquilos se han deslizado estos quietos días que he pasado en Gotinga!”, escribió.

Es Gotinga una villa que sólo parece existir para contener la famosa Universidad que le da renombre europeo. Las bandadas de estudiantes con gorras carmesí, verdes, blancas o amarillas, según las logias a que pertenecen, danle animación durante el día, y los cantos en coro de las bellas canciones alemanas, ecos gratos a la caída de la tarde. La quietud de la ciudad que reposa en silencio no bien la noche ha tendido su manto de sombras, parece calculada para no distraer a catedráticos y alumnos de las arduas tareas de la ciencia, y la belleza de la adyacente campiña, dispuesta como ex profeso para respirar el aire vivificante de la vegetación en las horas de solaz.

Rodearon al viajero argentino algunos profesores, “verdaderos sabios alemanes”, con quienes la conversación se tornó seria, amena e instructiva. Estos hombres, lejos del bullicio y del lujo, vivían “enteramente consagrados a las laboriosas vigiliadas que engendran las grandes obras del espíritu”. Una noche fue huésped del pastor de Geinsmarien, apellidado Sardet, dueño de una sencilla morada en la que se destacaba un jardinillo cultivado con esmero y en el que se apreciaban camelias y tulipas. Ciento veinte alumnos concurrían a

la escuela que él mismo dirigía. “A algunos pasos más allá, el templecillo campestre con su campanario piramidal, anuncia a lo lejos dónde está el corazón de aquella reducida sociedad cristiana, reconcentrando así el pastor que la dirige, sus deberes y sus afecciones en el corto recinto doméstico”. Una Biblia con la firma autógrafa de Martín Lutero fue la curiosidad de aquella grata reunión, de la que participaron dos teólogos. La cena fue precedida de “frecuentes libaciones de cerveza” y le dieron fin “excelentes y mejores cigarros”.

Tratando las cuestiones bajo el punto de vista puramente histórico y filosófico, yo me mostraba sin advertirlo, profundamente católico en mi manera de apreciar la unidad de las creencias, y la necesidad de una verdad común a todos los pueblos civilizados. Mis adversarios, por el contrario, partiendo de la libre interpretación que llevan hasta San Pablo, establecían diferencias entre la doctrina, el dogma y el culto, haciendo de la primera una verdad o un conjunto de verdades, eterno, inmutable, anterior a la conciencia humana y su propia esencia, siempre el mismo en todas las religiones y en todos los siglos, verdadera revelación que el hombre encuentra dentro de sí mismo y que la Revelación Divina depuró y completó.

Cuando la “seria discusión” descendió a “cosas menos graves”, aquellos amigos convinieron en estampar en una hoja de álbum de viaje una profecía de Séneca, en alusión “a la América de donde venía” Sarmiento.

Al día siguiente asistió invitado por el rector de la Universidad a la distribución de los premios académicos del año escolar. Vio la larga procesión de los miembros revestidos de togas de terciopelo de colores diversos y escuchó un discurso en latín que daba cuenta de los trabajos universitarios del año “con enfático encomio de las obras y profesores premiados”.

En Gotinga fechó Sarmiento su opúsculo *Emigración alemana al Río de la Plata*. Este trabajo se publicó en 1851 bajo el título *Emigración alemana al Río de la Plata, memoria escrita en Alemania por D. F. Sarmiento y enriquecida con notas sobre el Chaco y los países adyacentes a los ríos interiores de la América del Sur, por el Dr. Wappäus, profesor de estadística y geografía en la Universidad de Gotinga*. El maestro argentino buscó con su librito hacer conocer en Alemania la situación de los pueblos de la zona templada de la América del Sur. Tales países, aseguraba, necesitaban del aumento “de

población inteligente e industriosa”. Cabía, entonces, “que los emigrantes alemanes que van por millares todos los años a buscar tierras de cultivo en Norte América, cambien de derrotero, y se dirijan adonde les aguardan ventajas tanto mayores, cuanto menor es la concurrencia de emigrados”. Contrariamente a lo ocurrido en Europa y los Estados Unidos, donde la vida empezaba a hacerse difícil por el exceso de la población y la llegada de tantos europeos, Sudamérica aguardaba “la mano del hombre para cubrirse de mieses y de población feliz en medio de la abundancia”. El marco era el ideal: población nacional escasa, alimentos abundantes y baratos, trabajo bien retribuido, terrenos ilimitados, clima saludable, ausencia de enfermedades endémicas...

La República Argentina ofrecía su esencia y geografía. Sólo en las campañas de Buenos Aires, decía, dos millones de alemanes tendrían seguro establecimiento en los próximos diez años. Sarmiento escribió: “Los emigrantes alemanes son además muy particularmente deseados por los nacionales, por su honradez proverbial, sus costumbres laboriosas y su carácter pacífico y tranquilo”.

Buenos Aires es la ciudad más populosa, rica y civilizada de aquel país. Es puerto de mar, pues que el Río de la Plata, a cuyas orillas está situada, es un verdadero mar, midiendo cuarenta leguas de ancho en su embocadura. El clima es benignísimo, y tan saludable y plácido, que los españoles que conquistaron el país, encantados al respirar aquellos aires tan puros, llamaron a la nueva ciudad y puerto Santa María de *Buenos Aires*.

Explicó a continuación el “inmenso comercio” que se practicaba en su territorio y afirmó que el ganado hacía su principal riqueza. Aseguró que la cría de carneros merino era “otra industria reservada para los alemanes”, tanto en Buenos Aires como en Córdoba.

Una familia alemana establecida en una estancia puede explotar tres géneros de industria que la conducirán infaliblemente a la riqueza. El primero es la agricultura, fuente de riqueza y bienestar, y allí por la limitación en que hoy se hace, mayor y más ventajosa. Plantando árboles, sembrando trigo, papas y todas las plantas productivas de Europa pueden en corto tiempo proporcionarse medios de subsistencia y aún de riqueza.

Lamentó Sarmiento que en un país con millones de vacas apenas se fabricasen quesos y mantequillas en los alrededores de Buenos Aires. “No se hace uso de la mantequilla para sazonar los alimentos”, escribió.

Toda aquella inmensa provincia de Buenos Aires está cubierta de vacadas, y desde que haya allí un número suficiente de familias alemanas esta industria puede tomar formas colosales, y uniendo el trabajo personal y los capitales formarse fábricas de quesos que no sólo provean al consumo interior, sino que creen un nuevo artículo de exportación para los mercados europeos.

La *Memoria* se extendió luego en la descripción del litoral argentino. Santa Fe se veía privilegiada por hallarse situada a orillas del gran río Paraná. Agricultores alemanes en Entre Ríos y Corrientes harían cambiar de aspecto al país en pocos años, “presentando campiñas florecientes, villas y ciudades hermosas donde ahora no hay sino terrenos incultos, bosques inútiles, y ganados que pacen las yerbas que crecen sin el trabajo inteligente del hombre”. No menos propicio era el ventajoso marco en que encajaba la provincia de Córdoba, con sus llanuras cubiertas de pastos naturales para la cría. Mendoza y San Juan, en cambio, se limitaban a una reducida proporción en la cría del ganado por ser pueblos exclusivamente agricultores. Su subsistencia dependía entonces de los cereales y de los árboles frutales productores de higos y duraznos.

Al norte de la Argentina se ubicaba el Gran Chaco, un país cubierto de vegetación y “tan grande como la Alemania”. Pocos viajeros de la historia habían osado penetrarlo. Cada región de la República se volvía ideal para el establecimiento de la familia alemana, todo confluía para dar fin a un poderoso desarrollo inmigratorio que hiciese de las Provincias del Río de la Plata un estado poderoso y civilizado.

Una vez que se haya iniciado este movimiento de emigración alemana a la América del Sur –concluía el opúsculo-, compañías con vastos capitales pueden encargarse del transporte de los colonos y de adquirir territorios para establecerlos. Entonces todo podrá emprenderse a la vez, y las colonias, siguiendo el curso de los ríos u otras direcciones que la conveniencia dicte, y apoyándose unas en otras, avanzar hasta el corazón de la América, llevando la civilización, la agricultura y la industria a los países que cubren hoy bosques inútiles. La América del Sur podrá entonces rivalizar en poder y riqueza con la

del Norte, y grandes Estados productores establecerán la balanza entre las dos razas principales que pueblan la América.

El 4 de junio de 1847 Sarmiento llegó en diligencia a Cassel. Un día después estaba en Francfort, ciudad que recorrió en carruaje para después tomar el ferrocarril a Maguncia. Era Francfort del Meno la sede de la Dieta de la Confederación Germánica, unión establecida en 1815 por el Congreso de Viena y conformada por estados alemanes bajo presidencia de la Casa de Austria. El 7 abordó un barco a vapor y navegó por el Rin. En Colonia adquirió una litografía de Jesucristo. El 8 de junio se embarcó rumbo a Arnhem, en Güeldres, Holanda. Arribó luego a Amsterdam en ferrocarril. Vuelto a París, el Instituto Histórico de Francia lo recibió como miembro titular. Posteriormente conoció Londres, Birmingham y Liverpool. En septiembre arribó a los Estados Unidos, donde tuvo oportunidad de tratar a los educadores Horace y Mary Mann. En febrero de 1848 llegó finalmente a Valparaíso.

Las revoluciones que sacudieron a Francia y a otros países de Europa en 1848 dejaron su marca en la historia de las viejas naciones de la Tierra. Federico Guillermo IV, rey de Prusia entre 1840 y 1861, no obstante su espíritu conservador, debió aceptar la celebración de una Asamblea Nacional y la promulgación de una constitución liberal. Al año siguiente rechazó la corona imperial ofrecida por los diputados de la Asamblea de Francfort.

Escribió Sarmiento en *De la educación popular*:

Por un convencimiento tácito en unos países, por una declaración explícita y terminante en otros, *la educación pública* ha quedado constituida en derecho de los gobernados, obligación del Gobierno y necesidad absoluta de la sociedad, remediando directamente la autoridad a la negligencia de los padres, forzándolos a educar a sus hijos, o proveyendo de medios a los que sin negarse voluntariamente a ello, se encuentran en la imposibilidad de educar a sus hijos. Esto es lo que resulta de la legislación y práctica de los Estados Unidos, de la Prusia, y Estados protestantes de la Alemania, y de la Francia después de la revolución de 1789, y la organización dada a la instrucción primaria por Napoleón, remodelada bajo el gobierno producido por la revolución de Julio. La revolución de 1848 trae ya establecido como un dogma social que el *Estado* debe asegurar la educación elemental a todos los individuos de la nación, lo que importa primero la declaración del derecho que todos tienen a recibir una educación competente, y la protección que el Estado o la fortuna nacional deben dispensar a los que no pueden hacerlo por sí mismos.

La riquísima experiencia de haber recorrido parte del Globo lo llevó a publicar en dos volúmenes sus *Viajes en Europa, África y América*, que fueron impresos por Julio Belin en 1849 y 1851. En 1854 la *Imprenta de Mayo* de Buenos Aires lanzó una segunda edición de aquellos magníficos relatos. Al año siguiente salió a la luz su nuevo trabajo, *Educación común*. Allí tuvo Sarmiento oportunidad de escribir el elogio al maestro prusiano: “El maestro de escuela prusiano no sigue texto alguno para la enseñanza: él es un texto vivo, un libro científico que se aumenta y corrige todos los días”.

Instalado en Chile retomó Sarmiento sus tareas de publicista. La difusión de una política de arribo de extranjeros a las deshabitadas tierras del sur preocupó su imaginación. “El folleto, el diario, el tratado de geografía y estadística chilena publicado en alemán y bajo el punto de vista alemán, son la bandera de enganche que ha de izarse en el centro mismo de los pueblos emigrantes”, escribió para *La Crónica* en 1849. Una oficina de emigración para Chile en Alemania debía funcionar con la participación de escritores competentes que harían popular el propósito de emigrar. El responsable de la oficina escogería “labradores inteligentes y honrados”, fabricantes de quesos y mantequilla, criadores de merinos de Sajonia, constructores y carpinteros. Los buques contratados por la misma oficina se harían a la vela en Rotterdam o Hamburgo. A pesar de la rutina y de la inacción que tanto le irritaban tiempo más tarde pudo comentar la llegada de veinte familias alemanas a Valparaíso.

Los emigrados alemanes empiezan a llegar a Chile, atraídos por su renombre de tranquilidad, dirigidos por pequeñas empresas particulares, por los datos favorables a Chile que ha derramado en Alemania el doctor Wappäus en sus numerosos escritos, por los esfuerzos del coronel Philippi y otros amigos apasionados de Chile.

Ciertas dificultades respecto de la ocupación de la provincia de Valdivia le hizo expresar:

Y si nuevos colonos llegan y toma incremento la inmigración, que se coloque a la cabeza de aquella intendencia persona entendida, con buena voluntad, afecta a los europeos, y dispuesta de corazón a ahorrarles demoras, dificultades y tropiezos. Los hombres de las capitales ignoran las más veces, porque no alcanzan a concebirlo, todo lo que el espíritu de aldea en las campañas remotas tiene de malicioso, de desconfiado, de envidioso, de

inhospitalario contra el progreso, contra la superioridad de los hombres a quienes tiene bajo su pata, y no extrañaríamos luego oír de honrados alemanes que no saben hablar el español todavía ni hacerse entender, traídos al cepo por algún subdelegado rudo y taimado, que anda solícito buscando la ocasión de imponer una humillación al extranjero, a éste que viene a apoderarse de la tierra o a *llevarse la plata* con sus industrias, y sus molinos, y sus fábricas de aserrar, sus carretas tiradas por caballos y sus buques.

Vicente Pérez Rosales, agente en Valdivia, fue intendente de los territorios de colonización. En 1851 un grupo de alemanes se estableció en Isla Teja. Paulatinamente el poblamiento llegó hasta el Lago Llanquihue. Entre 1851 y 1860, siendo Manuel Montt presidente de Chile, más de tres mil alemanes se instalaron en Osorno, Puerto Varas (fundado en 1854), La Unión y Río Bueno.

Austria y Prusia se disputaron la unificación alemana. En 1866 esta última venció en Sadowa. Los territorios de la Confederación Germánica al norte del río Meno más la Prusia oriental y el Ducado de Schleswig idearon la Confederación de la Alemania del Norte. Otto, príncipe de Bismarck, fue nombrado canciller. En 1867 entraron en vigencia la Constitución y el Parlamento. Tras la derrota del Imperio Francés en la guerra de 1871 Baviera, Wurtemberg, Baden, el Gran Ducado de Hesse y la Confederación Alemana se agruparon para la formación del Imperio Alemán. Guillermo I fue proclamado Emperador. El 7 de junio de 1871 Sarmiento, presidente de la Nación Argentina, dio la bienvenida al ministro de Alemania, don Rodolfo Enrique de Maistre.

Al recibir la carta credencial que os acredita Ministro Residente del Imperio Alemán cerca de mi Gobierno, me es grato reconocer que vuestras cualidades personales y las simpatías que habéis mostrado por la República Argentina durante vuestra larga residencia en ella, os hacen el representante bienvenido del nuevo imperio que forman los pueblos de vuestra nacionalidad.

[...]

Reputo inútil deciros que hallaréis en vuestro nuevo y más elevado carácter de Ministro Residente del Imperio Alemán, la misma simpática acogida que habéis encontrado en el pueblo y el Gobierno Argentino como Ministro de la Confederación Alemana y que no os anticipo una vana promesa al pedir os que manifestéis a vuestro augusto Rey y Emperador la plena seguridad de que sus súbditos y su comercio, serán hoy, como antes, estimados y protegidos.

Recordó el presidente Sarmiento que el Imperio había respondido “a la suprema exigencia de nuestro siglo, la educación de las grandes mayorías, sin la cual las formas republicanas mismas sólo pueden encubrir engañosas oligarquías”.

En la década de 1840 el pastor Siegel aseguró que la comunidad alemana en Buenos Aires ascendía a 600 almas. Entre 1856 y 1924 llegaron a la República Argentina unos 100.000 alemanes, incluidos los alemanes del Volga.

#### BIBLIOGRAFÍA:

- FERNÁNDEZ, JAVIER. “Viajando con Sarmiento”. En *Todo es Historia*. N° 362 (septiembre 1997), pp. 8-24.
- FRIEDMANN DE GOLDBERG, FLORINDA. “Estudio preliminar” a *Viajes (selección)* de Domingo Faustino Sarmiento. 3ª. ed. Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1971, pp. 9-42. (Colección Grandes Obras de la Literatura Universal, 51).
- MUSEO HISTÓRICO SARMIENTO. *Diario de gastos: libreta llevada por Sarmiento en sus viajes. 1845-1847*. Buenos Aires: Museo, 1950. (Serie IV, N° 2).
- OTTOLENGHI, JULIA. *Vida y obra de Sarmiento en síntesis cronológica*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz, 1950.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. “Al recibir al Ministro de Alemania (Rodolfo Enrique de Maistre). Junio 7 de 1871.” En *Obras Completas de Sarmiento*. Tomo LI. Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1956, pp. 133-134.
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. *De la educación popular* [en línea]. Santiago de Chile: Imprenta de Julio Belin y compañía, 1849. <http://www.proyectosarmiento.com.ar/trabajos.pdf/educpopular.pdf> [Consulta: 29 noviembre 2007].
- SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. *Educación común*. Obras Completas de Sarmiento. Tomo XII. Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1950.

SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. “El doctor E. Wappäus, profesor de Estadística y de Geografía en la Universidad de Gotinga”. (*La Crónica*, abril 8 de 1849); “Llegada de alemanes a Valdivia”; “Propuestas del Barón de Hober”; “Colonización”; “Bases de un proyecto de ley de colonización”; “Emigración alemana al Río de la Plata”. En *Obras Completas de Sarmiento*. Tomo XXIII. Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1951, pp. 106-113; 127-140; 142-147; 152-177.

SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO. “Suiza, Múnich, Berlín”. En *Viajes por Europa, África y América. Obras Completas de Sarmiento*. Tomo V. Buenos Aires: Editorial Luz del Día, 1949, pp. 310-333.

SARRAMONE, ALBERTO. “¿Qué nos dejó la inmigración?” En su *Los abuelos inmigrantes: historia y sociología de la inmigración argentina*. Azul: Editorial Biblos Azul, 1999, pp. 330-331.